

E. Solar Correa

El Poema de Ercilla

(Conclusión)

LA mayor o menor fidelidad histórica, etnológica y geográfica de *La Araucana* no es materia que corresponda dilucidar aquí, pero tanto se ha hablado y discutido sobre dicho problema que parece imposible no detenerse un instante a considerarlo.

Ercilla, en todo momento, insiste en que se dé pleno crédito a su relato: «va la verdad desnuda de artificio», expresa en sus estrofas. Y con la escrupulosidad de un cronista anota los casos en que él mismo estuvo presente, aquilata el valor de los testimonios ajenos y procura separar lo real de lo legendario, pero sin omitir ni lo uno ni lo otro.

En lo que toca a los hechos mismos—no a su apreciación—, sobre todo en lo que toca a los hechos capitales de la Conquista, no cabe duda de que *La Araucana* es lo que su autor ha querido que sea: una «historia verdadera», y con justicia se la estima como una de las fuentes más preciosas para el estudio de aquella época. La cronología y las indicaciones topográficas son también casi siempre de un rigor matemático. Alguien ha dicho—Ticknor tal vez—que al leer *La Araucana* es necesario seguir las operaciones con el mapa a la vista.

Pero hay multitud de particularidades que el autor no pudo conocer o que se oponen a la mentalidad o costumbres del

indio con los caracteres de un imposible. Obra de la fantasía del poeta son, por ejemplo, la prueba del tronco y otros detalles de la elección de Caupolicán (si es que la misma elección no es una fábula, como piensan algunos historiadores); imaginarios son, igualmente, los pormenores de la batalla y desastre de Tucapel en que se cifra la fama estratégica de Lautaro, acción de la cual no escapó ningún español con vida que hubiese podido referir los hechos; imaginarios los discursos de los jefes araucanos; tan elocuentes como inverosímiles, el coloquio de Guacolda y Lautaro, el espartano gesto de Fressia arrojando su hijo al *toqui* prisionero. Sería largo seguir enumerando.

Las apreciaciones de Ercilla en cuanto se refieren a cosas y costumbres de los aborígenes tampoco son muy seguras. La ciencia étnica es, precisamente, la que mayores reparos opone al poema. Todo lo exterior, lo que se puede conocer por los ojos está, en general, descrito con exactitud—armas, rasgos físicos, condiciones guerreras,—pero sólo con exactitud relativa, pues el poeta, como ya se ha visto, se inclina a idealizar todo lo que concierne a sus adversarios. Explícate así la vaguedad—muy extraña en el autor—con que se pintan las características corporales y fisonómicas de los personajes araucanos. Sólo se habla de vigor, de músculos, de agilidad, y cuando se dan detalles estos pecan casi siempre de infieles. Quienquiera que conozca el legítimo tipo de la india chilena y lea el retrato de Glaura, pensará que el poeta estaba de burlas cuando lo trazó, tal es la oposición que existe entre la realidad y la pintura:

Era muchacha grande, bien formada,
de frente alegre y ojos extremados,
nariz perfecta, boca colorada,
los dientes en coral fino engastados,
espaciosa de pecho y relevada,
hermosas manos, brazos bien sacados,
acrecentando más su hermosura
un natural donaire y apostura.

Al referirse a los personajes araucanos, todos los críticos están contestes en lo falso y convencional de los caracteres femeninos—Tegualda, Guacolda, Glaura, Fresia;—pocos son los que observan que los caracteres masculinos adolecen de idénticos defectos. La diferencia, sin embargo, estriba únicamente en que la falsedad de los caracteres femeninos no ha podido ser disfrazada bajo esa máscara de bravura feroz que proporciona a los hombres cierto aspecto de bárbaros auténticos.

Lo cierto es que Ercilla no pudo conocer la psicología del indígena ni comprender el espíritu de sus instituciones y costumbres. Habría tenido para ello que poseer virtudes adivinatorias y adelantarse no menos de tres siglos a su tiempo. Ignorando el dialecto araucano y sin noticias de las ciencias modernas que habrían podido darle luz—la Etnología, y la Psicología y Sociología comparadas—sería absurdo exigirle que hubiese penetrado la mentalidad del indio, siempre suspicaz y reservado, mentalidad en absoluto diferente y aun opuesta a la suya *. Hubo, pues, de inventar y lo hizo a imagen y semejanza de aquello que él mejor conocía. Los indígenas del poema son, en realidad, almas españolas en cuerpos araucanos; piensan, sienten y obran del mismo modo y guiados por los mismos impulsos que guían al peninsular del siglo XVI. Los más genuinos y brillantes aspectos del alma hispánica de aquel entonces aparecen reflejados en el indio: el espíritu caballeresco, el orgullo nacional **, la preocupación religiosa ***, el culto de la mujer,

* Don Ricardo E. Latcham y don Tomás Guevara son tal vez los únicos, en Chile, que han estudiado con verdadero criterio científico la psiquis e instituciones araucanas. Quien desee enterarse de dichos problemas, sin dejarse engañar por errores tradicionales y falsas leyendas, necesitará recurrir a ellos. En *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos* (Santiago, 1924), del señor Latcham, y en *La mentalidad araucana* (Sgo. 1916) y la *Etnología araucana en el Poema de Ercilla* (Sgo. 1918), del señor Guevara, encontrará el lector, expuestas con honradez y conocimiento, informaciones seguras sobre rasgos psicológicos, instituciones y creencias del indio araucano.

** Los araucanos carecían del concepto de nacionalidad. En su dialecto no existe una palabra que represente esta idea. Al luchar en contra de los invasores defendían el suelo de su tribu, sus ganados, sus rucas, etc., es decir, la propiedad privada, cosa muy diferente a la idea abstracta de patria.

*** Ercilla supone a los araucanos adoradores de Lucifer (Eponamón) y como tales, adversarios de Dios por cuya causa creían combatir los españoles...

la generosidad y pundonor, la arrogancia en el decir y en el obrar. Hasta el amor del mapuche—casi exclusivamente fisiológico—aparece en el poema transfigurado en un sentimiento noble y poético.

Ni Ercilla ni nadie en su época habría podido presumir el abismo infranqueable que separa el cerebro creador y lógico del hombre civilizado, y la mente inerte y caótica del indígena. En pleno siglo XVIII, el siglo de los filósofos, ¿no se pintó al salvaje como arquetipo del hombre perfecto? ¿Qué mucho que Ercilla—un poeta—se dejara llevar, dos centurias antes, de análogas fantasías?

Todo ello es, pues, muy excusable y aun podría decirse que lo que el poema pierde en verdad etnológica, lo gana en belleza e interés literarios. Lo que sí no puede perdonarse al autor es que haya, además, atribuido a los araucanos la cultura, los conocimientos y urbanas maneras de sus vencedores. Hablan los bárbaros de astronomía, conocen la historia antigua, discuten sobre regímenes políticos, se dan entre sí el tratamiento de «pares» y a sus mujeres—que en la realidad eran consideradas como viles instrumentos de trabajos y procreación—las llaman galante, respetuosamente «señoras». Tales anacronismos traspasan con mucho los lindes de la verosimilitud y el buen gusto, y don Alonso pudo muy bien haberlos evitado sin necesidad de conocimientos étnicos.

El afán de ceñirse al patrón de la epopeya clásica, muy natural en un escritor del Renacimiento, ha contribuido en gran manera a perturbar el criterio del poeta. Las reminiscencias de Ariosto, Virgilio y sobre todo de Lucano, son frecuentes, y se hallan, por desgracia, en los detalles, y no en la concepción y plan de la obra. Los personajes araucanos asumen, a menudo, la actitud de los héroes homéricos y no sin razón han sido equiparados Lautaro a Héctor, Colocolo a Néstor, Tucapel a Ajax. Igual origen tienen los episodios, en general nada felices, intercalados en el poema. Unos, como la batalla de San Quintín y el combate de Lepanto, carecen de conexión con el asunto principal y ni siquiera poseen el mérito de descansar al

lector de la continuada visión de hechos de armas; otros, como la historia de Tegalda, la de Glaura, los amores de Guacolda y Lularo, si bien más amenos y congruentes, pecan de convencionales o inverosímiles; y en fin, hay algunos que sólo pueden clasificarse como simples desatinos (la leyenda de la reina Dido, la defensa de la guerra y el duelo).

• • •

La Araucana, con todos sus defectos, con su falta de plan y de unidad, con sus anacronismos y sus errores psicológicos, con su ausencia de paisaje, su lentitud narrativa y sus mal escogidos episodios, tiene el doble mérito de ser el mejor poema histórico español y la primera obra poética que América inspiró a Europa.

Ocioso es pretender clasificarla entre las formas tradicionales de la musa épica. Mirémosla, mejor, como una de esas producciones singularísimas a que nos tiene acostumbrados el genio castellano, como una obra análoga al *Libro de Buen Amor* o a *La Celestina* o a *El Diablo Mundo*, especies de fenómenos monstruosos o geniales dentro de la flora literaria universal, a los cuales no puede aplicarse el criterio ordinario.

Empero, adviértense en Ercilla ciertos aspectos que lo emparentan, no ya con la epopeya clásica, sino con las producciones de la épica primitiva. El aire ingenuo, trivial a veces, los giros familiares y prosaicos, su objetividad, su realismo descriptivo y las mismas costumbres bárbaras y hasta la forma de guerrear que en la obra se pintan, despiertan el recuerdo de las viejas gestas venerables. Esperaríamos, en ocasiones, que al terminar su canto, ya cansado, solicitase del auditorio el tradicional «vaso de bon vino».

Al igual que los antiguos aedas y juglares, don Alonso va derecho a su objeto: no atiende a la rima, ni a la armonía del verso, ni busca la expresión poética: sólo le interesan los hechos que narra.

No hay que buscar en sus páginas galas literarias. El estilo,

enérgico como corresponde a una obra del género de *La Araucana*, ora suena rotundo, ora se mueve rápido y nervioso, produciendo a su paso impensados efectos de armonía imitativa. No prodiga el poeta las imágenes ni las figuras, salvo la comparación en que suele ser muy gráfico y oportuno. Sus símiles predilectos son, como en la épica primitiva, de orden zoológico y climatérico. Estos últimos—es curioso observarlo—reflejan casi siempre los fenómenos atmosféricos propios del sur de Chile, pero es en los primeros donde el autor se muestra más afortunado. Obsérvese el movimiento ágil que la comparación del leopardo imprime a estos versos:

Cubierto Tucapel de fina malla •
saltó como ligero y suelto pardo...

Y el ímpetu, la fuerza arrolladora que se contiene en esta otra frase:

No agarrochado toro embravecido
la barrera embistió tan fácilmente... **.

Y formando contraste con los dos símiles anteriores, esta suave pintura de los doncellas criollas que huyen, tímidas, desorientadas, en medio del pánico que provoca en la ciudad de Concepción la proximidad de los bárbaros:

Como las corderillas temerosas
de las queridas madres apartadas,
balando van perdidas, presurosas,
haciendo en poco espacio mil paradas...

• El marcado ritmo yámbico de estos versos parece, además, procurarnos cierta sensación de elasticidad, de algo rebotante: *Cubier-to Tuca-pel de fi-na ma-lla*, etc. Al hacer rebotar con la mano una pelota en el suelo hiere nuestro oído un sonido semejante, en dos tiempos: cada rebote remeda una cláusula yámbica.

** Nótese el contraste y sugerencia eufónica de los versos. El primero avanza con dificultad, con una especie de ímpetu contenido; el toro parece ir arrollando, al son de nuestras palabras, el obstáculo que se le opone. Nos cuesta pronunciar este verso. El siguiente en cambio, avanza rápido y sin esfuerzo, como si, desbaratado el obstáculo, la bestia partiera impelida bruscamente y se adelantara en acelerada y fácil carrera.

Si el lenguaje de Ercilla es correcto, castizo—lenguaje de hombre que ha sido educado en la Corte—, la versificación, en cambio, muéstrase a menudo defectuosa, o por lo menos descuidada. Los artificios métricos le preocupan tan poco como a los antiguos juglares. Hay multitud de versos ripiosos poblados de sinónimos, asonancias ingratas, y la indigencia de la rima llega a lo insuperable.

Cualidades y defectos contribuyen, pues, a realzar la semejanza que *La Araucana* posee con las vetustas epopeyas.

• • •

Tal semejanza adquiere todavía proporciones inesperadas si consideramos la significación del poema y la trascendencia que ha tenido en América y Chile.

En alguna parte hicimos notar que *La Araucana* fué la primera gran producción poética que el Nuevo Mundo inspiró al Mundo Viejo.

Pero hay más. Ella es la expresión sintética de la mayor epopeya que hayan visto los siglos. No es preciso ver en esta obra únicamente el sojuzgamiento de Arauco. Sería empequeñecer su significación. En ella está condensada la conquista de todo el continente americano del mismo modo que la *Gesta de Mio Cid* es expresión y cifra de la lucha ocho veces secular entre moros y cristianos.

La Araucana exalta—ya lo hemos visto—no a un héroe, sino a una raza: a esa raza de conquistadores que lo mismo en Chile que en Venezuela, en México que en el Perú, realizara aquel estupendo milagro de energía humana que dió a España, en contados lustros, el dominio de la tercera o cuarta parte del orbe.

¿Qué no hicieron?—se pregunta asombrado un autor que con frío escalpelo ha analizado la psicología del conquistador hispano*—. Desafiaron al hombre,

* R. Blanco-Fombona: *El conquistador español del siglo XVI*, Madrid. Ed. Mundo Latino.

desafiaron la Naturaleza, lo desconocido. En número irrisorio, invadieron y conquistaron imperios ignotos. Cada aurora trae un nuevo peligro, que afrontan con la sonrisa en los labios. Descubren, a cada paso, maneras inéditas de ser heroicos.

Hablar de heroísmo y de conquistador—refiriéndose a aquellos conquistadores—parece redundancia—añade el mismo crítico—. Aducir ejemplos, sería citar la vida de todos y cada uno de ellos.

Y luego agrega estas otras interesantes observaciones que estimulan nuestra imaginación y nos ayudan a comprender aquellos tiempos épicos:

Los descubridores podrían ser unos y los conquistadores otros. Pero a menudo se alían en un solo individuo, a esta curiosidad del descubrimiento, la decisión del guerrero que parte dispuesto a combatir, no a un enemigo, sino contra el obstáculo que se presente y en la magnitud y forma que asuma. El obstáculo puede ser vivo, inerte o incorpóreo: puede ser un ejército, una cordillera, una peste, una plaga, el mar.

Hombres, clima, tierra, frutos, fieras, insectos, enfermedades: todo allí resulta desconocido, y casi todo hostil. Hasta para comer una fruta, la más rica y beneficiante, precisa cierto ímpetu audaz.

Chile tuvo la suerte, en medio de aquel inmenso espectáculo, de ser el sitio enfocada por el poema de Ercilla. Si Ercilla no viene a Chile, si va por ejemplo a Venezuela, los indios célebres de América serían los caribes y no los araucanos. Los conquistadores, aunque con nombres diversos, serían siempre los mismos, y el poema tendría igual significación.

Pero Chile fué el escogido de los hados, y podemos gloriarnos de ser, entre los pueblos modernos, el único cuyos orígenes hayan sido celebrados por la trompa épica, a semejanza de las antiguas ciudades griegas y romanas.

Aun no ha sido estudiada toda la trascendencia que el poema ha tenido en nuestro país.

Social y literario ha sido su influjo. En el campo de las letras sirve de noble pórtico a nuestra literatura, e inspira o ejerce influencia en todos o casi todos los libros escritos durante

los tres siglos coloniales *. En la República, aquí o allá, asoma su recuerdo. Ese verso de la Canción Nacional, tan horro de sentido, que dice «de tres siglos lavamos la afrenta», no es sino torcida influencia suya y en el espíritu de algunos de nuestros modernos historiadores vibran todavía las marciales estrofas del apuesto juglar español.

En el campo social, en nuestro ambiente ideológico, la influencia ercillesca es seguramente mayor. Todos los Caupolicanes, las Fresias, las Tegualdas que circulan por nuestras calles reconocen como auténtico padrino a nuestro poeta.

El indio chileno, a despecho de los estudios serios, adquiere cada día proporciones más legendarias. Ercilla ha creado un mito —el mito araucano— fecundo en consecuencias, no siempre benéficas para la cultura y adelanto nacionales, y como todo mito ha ido encarnándose en nuestro pueblo, y creciendo y evolucionando. ¿Qué no se ha dicho y escrito sobre nuestros aborígenes? Innúmeros etnólogos de afición borronean en la prensa y en el libro las más pintorescas fábulas sobre el araucano. ¿No se ha llegado a decir que éste, a diferencia de los demás indios de América, es de la más pura raza caucasiana? Y sin embargo bastaría tener ojos para ver. ¿No se ha sostenido que sus instituciones eran semejantes a las de la antigua Grecia— así tal como suena— y que aun las superaban en perfección? El famoso libro de don Nicolás Palacios, que un crítico extranjero calificara de «tesis chistosa a lo Mark Twain», y la no menos famosa estatua que lo recuerda, tienen también en Ercilla su origen remoto. Sin *La Araucana* no existiría ni el libro ni la estatua.

El orgullo racial—racial y no nacional como en otros países—que es frecuente en los chilenos, aunque parezca absurdo, se funda, no en nuestra ascendencia española, sino en la sangre araucana que se supone correr por las venas de nuestro pueblo, y decimos «supone» porque de todos los indios de Chile, los de

* Esta influencia se hizo sentir, igualmente, en los demás países americanos durante la Colonia. Hay varios poemas, en México, Argentina, etc., cuyo modelo ha sido *La Araucana*.

Arauco han contribuido en ínfima parte a la formación del elemento mestizo. Sabido es que aun hoy día son rarísimos los casos de cruzamiento entre los actuales araucanos y las clases populares. Pero nada de esto importa. Los mitos no piden permiso a la lógica ni a la verdad histórica para vivir, desarrollarse y prosperar.

Interesante tema para un estudio éste del influjo literario y social de Ercilla en Chile. Admira que aun no se haya emprendido. Tal vez no exista otro libro— libro literario — que haya ejercido un tan profundo y general ascendiente en la ideología de un pueblo.

En Chile respiramos a Ercilla
y no lo sabemos.